

# LA ESPERANZA

## SUS COMPONENTES AFECTIVO Y COGNOSCITIVO

EN el ambiente filosófico actual, saturado en buena parte de desilusión e irracionalismo, se busca con afán algún agente que transforme la atmósfera deletérea en aire respirable.

Mas tal depurativo así se piensa, no deberá ser de tipo ideológico, racionalístico, abstractivo. Eso, si no es inválido para la solución deseada, está, al menos, en descrédito: la razón queda demasiado, si no del todo, en lo fenoménico; además, lo que está en crisis es el afecto aquejado por la angustia, y el frío racionalismo abstractivo no basta para satisfacerle. En cambio el sentimiento valorativo, ajeno al orden cognoscitivo racional, evita todos los escollos ideológicos: por su naturaleza llega a la realidad nouménica del objeto; y, por su influjo en el sujeto, ejerce una acción especial e inmediata en su orden afectivo. Todo esto ya es mucho. Al menos, un lenitivo inapreciable. Aunque nada garantizase del más allá inasequible e impenetrable, sería un placentero anestésico para el presente.

Pero hay estados sentimentales más enérgicos y eficaces. Parecen traer consigo, además del sosiego para el momento actual, garantías de seguridad para el porvenir. Entre éstos descuella como ningún otro, de los que acaso sea base y aun síntesis, el fenómeno, el estado de *esperanza*. Otros afectos serán más nobles: el puro amor, el desinterés, la entrega al sacrificio; mas en aliviar la aflicción y crear la firme persuasión de un porvenir seguro, ninguno ni tan típico ni más consistente que él. Nada más natural, por todo esto, que buscar ávidamente en la *esperanza* la salvación y el remedio del caos de la conciencia actual. Y como en el explicar las realidades puramente humanas la última palabra le corresponde al filósofo, obvio es y meritorio que diversos pensadores hayan aplicado sus esfuerzos a examinar este fenómeno y estado psi-

quico de la esperanza, descubrir su estructura, fundamentar su consistencia <sup>1</sup>.

A esta labor, tan humanitaria como filosófica, deseamos contribuir con estas páginas.

¿Qué factores constituyen el estado placentero de esperanza?

Procuremos responder a esta pregunta consultando, como a irrefragable oráculo, a la indiscutible experiencia.

\* \* \*

La madre, al pie del lecho de su hijo gravemente enfermo, espera que éste sanará. Junto a otro lecho, una esposa mira ya inmóvil para siempre y palpa yerto el cadáver de su esposo fallecido. Ha tenido que cesar de esperar. ¿En qué conviene y difiere el interior de ambas amantes afligidas? En las dos el afecto, el sentimiento parece llenarlo y absorberlo todo; angustia ante el espectáculo presente del hijo sufriendo, del esposo exánime. La intensidad de ese sentimiento de tristeza y su difusión por todo el ser parece que no permite en éste otra realidad consciente que la de "sentir". Mas ese sentir, experimentar sentimiento, no es idéntico en ambos casos. En la recién viuda, todo es tristeza sin alivio. En la madre, es aflicción templada por un invisible y misterioso consuelo. En la primera es la noche tras el ocaso; en la segunda, la noche pronta a transfigurarse con las primeras tenues luces del amanecer. La viuda ya no espera la curación de su esposo; la madre sí, la del hijo.

La diferencia es clara. Su raíz, ¿dónde está? ¿En el hecho presente? No. Este es análogo para ambas: la privación de un bien inestimable;

<sup>1</sup> Aludamos como ejemplo a la *Semaine des Intellectuels Catholiques* [français] 1951, dedicada a *Espoir Humain et Espérance Chrétienne*. Flore, París, 329 pp.

Superfluo sería recordar que los teólogos católicos han estudiado siempre la esperanza. El considerarla precisamente como virtud teologal no impide el que en sus tratados se exponga también no poco de sus aspectos psicológico y filosófico, íntimamente ligados al teológico. Véase, por ejemplo BERAZA, B., S. J., *De virtutibus infusis* (Cursus theologicus Oniensis). Eléxpuru, Bilbao, 1929; pp. 493-565. Igualmente, Zalba, M., S. J., *Theologiae Moralis Summa*, I. B. A. C. Madrid, 1952, pp. 801-817. Una excelente síntesis de las exposiciones teológicas es la de HARENT, S., S. J. en la palabra *Espérance* del *Dictionnaire de Théologie Catholique*, editado por Vacant-Mangenot, tomo V, parte I.<sup>a</sup>, cols. 603-676. París, 1913.

Si los nuevos analizadores de la esperanza tuviesen siempre en cuenta lo ya enseñado por los teólogos católicos, se evitarían los errores en que a veces se incurre y lograrían, en cambio, que sus nuevas aportaciones contribuyesen a perfeccionar nuestra posesión de la realidad. Por nuestra parte hemos tenido en cuenta las afirmaciones fundamentales de Santo Tomás sobre la esperanza en la Suma Teológica. Como es natural, consideramos la esperanza tan sólo como realidad psicológica y objeto de examen filosófico, prescindiendo de lo que la revelación y la teología enseñan sobre la virtud sobrenatural de la esperanza.

porque bien inestimable es, para la madre, tener a su hijo sano; para la esposa, a su esposo con vida. Es verdad que la vida es más valiosa que la salud; pero esa diferencia es sólo de grados, cuantitativa. La cualitativa es otra. Su causa está en el futuro: la enfermedad desaparecerá y la salud volverá; la vida ya no se recobrará. Los hechos, pues, nos presentan el estado afectivo de esperanza bien diferenciado de lo que no lo es. Ya aislado, está en condiciones de que podamos examinar su estructura interna. Intentemos hacerlo.

La madre que, angustiada y gozosa, espera que se restablezca la salud de su hijo, ¿por qué siente templarse su aflicción y nacer su alegría? Indudablemente porque al fin será un hecho lo que tanto desea. Un indiferente a la salud de aquel mismo joven, conocido el pronóstico de la curación cierta, no experimentará nada que tenga que ver con la esperanza. Más aún: un enemigo que le odiase a muerte, supongamos el cruel malhechor responsable del peligro de la vida en que el joven está, sentirá rabia y desesperación con el mismo dictamen médico que ha bañado de suavidad el corazón de la madre. El significado de esa triple diversidad afectiva no ofrece dudas. La madre *espera* con gozo porque se realizará lo que *desea*. El indiferente permanece impassible porque ese hecho futuro no es objeto de su deseo. El enemigo se enfurece porque va a suceder lo contrario de lo que sus deseos apetecen. La conclusión de la inducción es manifiesta: factor indispensable para la esperanza es el deseo del bien que se espera.

¿Quiere decir que deseo y esperanza se identifiquen? Claro que no. Los hechos nos lo manifiestan constantemente. El malhechor de la tercera hipótesis sigue con deseo ardiente de la muerte del joven enfermo, y, sin embargo, interpuesto el dictamen médico favorable, no espera ya. Esperó antes, al maquinar y perpetrar su atentado, mientras los pronósticos hacían presentir un desenlace. Al cambiar el curso la enfermedad, el mismo deseo de la muerte de la víctima le hace sentir rabia, furor.

Preguntemos, según esto: el hecho futuro anhelado ¿qué carácter habrá de tener para lograr que el deseo se trueque en esperanza en vez de traducirse en temor, rabia, desesperación? El malhechor, en nuestro caso, más vivamente aún la viuda que llora a su esposo ya amortajado, sufren sin esperanza porque lo que desean no es posible que se realice. La madre, al contrario, ha comenzado a gozar porque lo deseado *puede* llegar a *cumplirse*.

El *bien deseado* y *posible* es, pues, el objeto a cuyo misterioso influjo se despierta en nuestro ser la sonrisa consoladora de la esperanza.

Mas ese consuelo que la esperanza lleva en sí, ¿qué consuelo, qué go-

zo puede ser? El gozo lo produce la posesión de un bien; su ausencia, al contrario, causa pena. Por eso precisamente sufre el desesperanzado, por la ausencia del bien que desea. Y el que espera no posee aún el bien esperado. ¿Cuál es, entonces, el bien que con la esperanza se hace presente y que falta en el temor o en la desesperación? El elemento diferencial de ambas, ya señalado, nos da la respuesta. Al objeto de la esperanza, el bien posible, corresponde actualmente en el que espera el poder, la garantía de lograrlo; de ahí el gozo. La imposibilidad de la obtención en el que desea lo que no puede alcanzar aparta de su actual posesión todo bien relativo al objeto apetecido; de ahí su penar sin alivio.

Goza, pues, el que espera. Mas no sin inquietud ni vacilaciones. Mezcla es ésta típica del genuino esperar. Examinemos sus componentes.

El trabajador necesitado de su jornal que con normalidad de salud y fuerzas realiza fielmente su tarea semanal, ante el bien deseado de la futura paga de su salario se alegra, cuenta con interés los días que faltan para recibirlo; mas no decimos que tiene esperanza de recibir su jornal; tiene, sencillamente, seguridad. Como el propietario que ha resuelto cobrar en fecha próxima los últimos réditos de su capital. Diremos de él que aguarda esa fecha y la cantidad que en ella hará efectiva. Pero de ninguno de los dos se dice que miran esa entrega con esperanza.

Mas el mismo jornalero, acosado por inesperada y urgente necesidad, advierte que ni sus presentes ahorros ni la suma que el sábado recibirá le bastan para salir de su apurada situación. Ve un remedio: la generosidad del patrono a quien sirve. Habrá que pedirle aquel favor extraordinario. ¿Bastarán las razones que para ello le exponga, los intermediarios de cuyo influjo se valga? El necesitado obrero echa sus cuentas y compara lo fácil y seguro de ganar el jornal que en justicia se le debe con lo *arduo* y lo posible, sí, más también lo inseguro de lograr el favor que tanto desea. Medita, calcula entre el temor de una decepción y el ansia de lograr el remedio de su angustiosa y urgente necesidad. Al fin el peso de las garantías vence al de los recelos. Manos, pues, a la obra. Se ha decidido a obrar. Así, pues, ante el anhelado bien futuro, arduo, incierto, pero posible, de alcanzar con los recursos de que el jornalero dispone, al temor de la posible decepción se ha unido, contrapesándolo y superándolo, aunque sin anularlo enteramente, el gozo por la posibilidad del éxito; y, con el gozo, el ánimo se ha sentido esforzado para acometer la empresa planeada.

Una pregunta aún: en el fondo de esa compleja urdimbre afectiva, como raíz del mismo deseo primordial, ¿no se revela algo más? Sin duda. Al influir el bien de modo consciente en el sujeto, se despierta en és-

te. como primera respuesta, el amor: complacencia y como principio de descanso en el bien que inicia en él su operación misteriosa. Por tratarse en nuestro caso de un bien futuro, la complacencia se transforma en deseo; por ser posible y con prendas de lograrlo, en esperanza que incluye gozo.

Objeto de la esperanza y estado subjetivo del que espera van quedando caracterizados, a base de lo que de ambos nos dice la experiencia. *Conveniencia, posibilidad y garantía* mezcladas con *dificultad e inseguridad* de obtención, en el objeto no poseído. En el sujeto, *complacencia amorosa inicial, deseo* mezclado de *consuelo vacilante* por el temor e *informado por animoso vigor* para realizar lo que conduzca a la obtención del apetecido y arduo bien.

¿Habrá quedado ya constituida con esos elementos la esperanza? Recurramos de nuevo a la experiencia.

Espera, el que ha adquirido un billete de lotería, ser premiado en ella. Espera, el hábil en juegos de ingenio, ganar la partida. Espera el enfermo recobrar la salud, por la eficacia de los remedios. Estriba la posibilidad del primero en un puro suceso estadístico; la del segundo, en sus propios recursos; la del tercero, en la aptitud de las medicinas y en el poder de su organismo para reaccionar. Esperanza en todos los casos. Y debemos añadir, doble esperanza: *espera el primero el premio, confiado en la suerte; espera el triunfo el segundo, confiado en su habilidad; el tercero espera la salud confiado en las medicinas y en su organismo. El primero espera en, depende de la suerte; el segundo, de su habilidad; de los medicamentos y su organismo el tercero. ¿Podrá distinguirse aún una cuarta esperanza, más depuradamente tal y, al mismo tiempo, más dignamente humana?*

Más puramente será tal la esperanza, cuya característica es versar sobre un bien no poseído, cuando menor sea la posesión actual que el sujeto tenga de ese bien y mayor su dependencia de aquello de donde el bien apetecido le haya de venir. El capitalista no tiene ahora en su mano sus réditos, pero el título que posee actualmente para hacerlos efectivos es tal, tan seguro, tan suyo e independiente, que excluye el estado de esperanza respecto de aquella cantidad. No tiene mera posibilidad o garantía; tiene derecho total: no cabe inseguridad ni temor. Pues bien; disminúyase hasta el límite extremo el valor de los títulos propios, del poder contar sobre sí, quedando en pie la máxima posibilidad y garantía de obtener el bien deseado, y la esperanza habrá llegado al límite sumo de pureza.

Mas, ¿es conciliable con tal depuración la dignidad humana? Porque

de esperanza humana tratamos. Depender el hombre, una persona, de la suerte, de un alimento, de un específico, de una moneda..., todo inferior a él, parece indigno de su alteza. Y más si la dependencia ha de ser suma. Fuerza es reconocerlo. La esperanza puesta consciente y sumisamente en recursos como éstos sería una actitud tal vez utilitaria, pero, en realidad, depresiva de la dignidad del que así esperase. Tendría mucho de frío cálculo, cuando la verdadera esperanza es toda aliento de calor vital. Hay, sin embargo, medio de evitar el reparo propuesto: si el esperar confiado tiene su fundamento y sostén no en un objeto, en una cosa, sino en una persona. La frialdad forzosa de las cosas sin afecto quedará substituída por el calor de la intimidad personal; brotará un comienzo de amor, interesado en el que espera, pero con complacencia en aquél en quien espera. Degradación tampoco la habrá: la persona, al esperar confiadamente en otra, no descenderá de su propio nivel. Los hechos, finalmente, parecen venir por su parte a confirmar esta apreciación. Los ojos empañados de la madre se iluminan de esperanza ante la persona del médico eminente; la turbación del soldado en batalla desaparece al confiar en la estrategia de su general; la angustia del inicua-mente cautivo se suaviza al esperar en la generosidad y el valor de su futuro libertador. Ni por eso es preciso eliminar la intervención de los objetos conducentes al logro del bien arduo anhelado y posible. Descienden, tan sólo, de categoría. Valen y se estiman, se reciben y se utilizan como instrumentos empleados por la persona en quien se espera para conseguir lo deseado.

Así, pues, la esperanza en su grado más típico y, al mismo tiempo, más humano se realizará al esperar el bien futuro con el mínimo de posibilidad propia para alcanzarlo, compensada esa deficiencia por el poder y bondad de otra persona, en la que se espera, de la que se espera recibirlo.

\* \* \*

El tratar de calibrar los posibles grados de esperanza con respecto a su fundamento ha sido, sin duda, fructuoso. Apliquemos ese procedimiento a otros de sus aspectos, que acaso sea en ellos fecundo también. Afinemos y depuremos los constitutivos del esperar, hasta llegar, si es posible, al grado de esperanza que por todos sus aspectos pueda llamarse por excelencia *esperanza humana*.

La calidad del bien esperado, el grado a que descienda la posibilidad humana para alcanzarlo, la universalidad que alcance entre los hombres el anhelo de lograr ese bien, en fin, la dignidad de la persona en quien

se confie para obtenerlo, estos cuatro factores, llevados a su posible límite extremo, nos deberán dar constituida la típica esperanza humana.

El bien supremo deseado por el hombre, ¿cuál es? No es difícil señalarlo. El genial San Agustín, conocedor íntimo de los sistemas filosóficos y de la naturaleza humana de su tiempo y del de todos, lo sintetiza en dos palabras: "¿No es la vida feliz lo que todos anhelan?"<sup>2</sup>. La felicidad, aspiración suprema del hombre.

¿Posibilidades del hombre histórico con sus recursos puramente humanos para lograrla? Si algo aparece entre ellas y lo apetecido es su colosal desproporción. Bien arduo, si alguno, ése lo es. No son precisos para confirmarlo testimonios ajenos ni de otras edades. La nuestra, acumulación ciclópea de los esfuerzos de todas las pasadas incalculablemente potenciados por los avances realizados por ella misma, exhala el grito de decepción más desgarrador tal vez que ha escuchado la Historia. El típico hombre de hoy se siente impotente, absolutamente impotente para hacerse feliz. Y confirmaciones personales e íntimas corroboran esa amarga experiencia.

Es natural. El hombre, el individuo humano siente que la muerte le priva despiadadamente de todos sus bienes, cuanto más de la felicidad, que es la vida enriquecida por el cúmulo de todos los bienes de que el hombre sea capaz. Y si ante algo sufre el hombre su máxima impotencia es ante la muerte. Más aún: En la misma vida, el hombre, que se experimenta quíerolo o no sometido al imperativo inapelable de la ley moral, siente brotar de las mismas raíces de su ser el ansia de ajustarse dignamente a él y, ¡cuántas veces!, sufre la descorazonadora desilusión de hallarse infringiendo ese mismo ennoblecedor mandato. Tan patente es el hecho, que defensores y pregoneros tan intransigentes de ese imperativo moral como Séneca y Kant llegan a proclamar, el primero, que si cada quinientos años existe un hombre que lo cumpla sin defecto, ya es gran número<sup>3</sup>; el segundo, que ninguno en la tierra logra ajustarse sin defecto a él<sup>4</sup>.

Y, sin embargo, elemento tercero de los apuntados, la universalidad de esa aspiración es absoluta. Toda la humanidad, cada uno de sus individuos consciente de su existencia, desea ser feliz. "Ni una sola excepción", añade en el pasaje citado San Agustín<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> "Nonne ipsa est beata vita quam omnes volunt?" *Confessiones*, 1. X, c. XX.

<sup>3</sup> *Epistula XLII*, ad Lucidium.

<sup>4</sup> *Crítica de la razón práctica*, I, 2, 2, § IV. Edic. Cassire, Berlín, 1922, vol. V, página 132.

<sup>5</sup> "...omnino qui nolit nemo est". *Confessiones*, 1. c.

Hasta aquí los caracteres del bien deseado y del sujeto que lo desea han llegado a tal punto, que parece debemos preguntar si nuestro análisis nos va a poner ante la esperanza humana o, más bien, ante la desesperación. Resuelvan esta aporía los hechos. ¿No es uno cotidiano de hoy y de los cientos de siglos que nos han precedido que en el lecho de muerte es donde millares y millares de veces florece la esperanza? Típica esperanza, sin duda, dada la falta absoluta de recursos del que entonces espera. Y ¿qué bien el que confía alcanzar? Uno tal que compense todo el mal que ha sufrido y llene su capacidad de gozar con todo el bien verdadero que en la vida le ha faltado. El bien esperado es, desde luego, la vida feliz, la felicidad.

Ahora bien, ¿hay caso en que el sujeto se encuentre más desprovisto de todo poder personal y humano para lograr lo que espera? Su esperanza no decae, sin embargo, por ello. Muere, al cabo; pero con la sonrisa de la esperanza dibujada en su espíritu. Sonrisa que no es un trazo pasajero o un rasgo preparado para entonces. Es una huella profunda, es un surco en su fisonomía espiritual, grabado a golpes de centenares y millares de reacciones al duro vivir. Espera sereno el moribundo, lúcido y perfectamente normal, porque ha aprendido incesantemente a esperar durante su vida; y a esperar una y otra vez, precisamente en cuantas ocasiones el frío de las decepciones debiera haber helado su espíritu. En una palabra: la esperanza que le sostiene en la muerte es la que le ha mantenido resignado, consolado, esforzado en los trances más duros, más arduos, más desesperados, individuales o colectivos, de la vida.

Tal es, según los hechos patentes, multiplicados casi hasta el infinito, la realidad empírica de la esperanza humana típica. Ante ella el psicólogo, el filósofo, ¿qué deben decir?

Enmudecer es indigno de su misión de investigadores de la razón de ser de los fenómenos. Soslayar el hecho es enmudecer sin lealtad. Calificarla de esperanza falaz, de ilusión, cualquiera que se suponga su origen, no es posible, pues su consistencia es la clave de la muerte serena y de la vida, en su orientación general y en numerosísimas partes de su trama, de seres humanos sin cuento, sobresalientes precisamente por su constante objetividad ante la realidad. El hecho es inaprehensible con registradores de laboratorio, pero es tan incontestable y real como las más palpables realidades físicoquímicas. ¿Qué explicación, pues, dar de él?

Con los antecedentes forzosamente impuestos por los hechos sólo es posible una. El cuarto factor constitutivo de la esperanza humana nos

la ofrece: el ser personal de quien el hombre espere lo que por sí no puede lograr; aquel en quien confíe; y, por eso, aquel de quien dependa.

Mas una nueva dificultad surge de la clave misma de esta concepción salvadora. En ella no depende ya el hombre, como antes señalamos, de un objeto, de una cosa; depende de una persona. Pero, al fin, depende. Y ¿es esto conforme con su dignidad? Esa superior arrogancia del llamado rey de la creación ¿se avendrá con el reconocimiento de una dependencia? Séneca y Kant, que hace poco nos afirmaban la incapacidad humana para lograr la rectitud moral, pueden también ahora citarse para corroborar la orgullosa objeción: "Sibi sapiens sufficit" proclamaba el estoicismo; el bienestar máximo del hombre, apunta Kant, es acercarse al estado de independencia absoluta <sup>6</sup>.

La objeción, sin embargo, o formulada en términos muy restringidos y atenuados, como los aludidos de Kant, o debilitada y rebatida por otras afirmaciones mucho más categóricas y objetivas, como sucede en Séneca <sup>7</sup>, tiene, en toda hipótesis, que rendirse a la realidad. El hombre es un ser esencialmente dependiente. Es un hecho innegable que se nos impone. Queramos o no, experimentamos y aún sufrimos que en todo el proceso de nuestro obrar, más aún: en nuestro vivir, en nuestro existir, dependemos de mil realidades, de mil circunstancias a las que nos es preciso someternos. Y esto constantemente. Ante tal realidad es inútil obstinarse en negarla o en rehusar reconocerla como humana. El hombre es así, ser dependiente.

Pero dependiente ¿de quién? ¿De los inferiores a él? Eso sería una anomalía; casi una contradicción. El hombre sería superior a ellos por hipótesis, e inferior porque el que depende de otro es, como tributario y sometido a él, inferior a él. Por eso reconocíamos antes que las esperanzas que podríamos llamar parciales, al elevarse al nivel humano, suponían un ser personal, el médico, el estratega, el libertador, que con su poder orientaba y gobernaba, como instrumentos de su obrar personal, todos los objetos inferiores de los que el bien anhelado dependía.

Mas aun ante tal esperanza más humana, y contra tal dependencia personal, la autonomía y la dignidad del individuo racional parece sentirse a disgusto. ¿Por qué someterse a un igual? ¿Por qué depender de él? La superioridad con que nos sobrepasa es, a lo sumo, de detalle, mínima, accidental. La autonomía personal no se aviene con esa subordinación. Parece como si un canon universal estableciese que sólo es ad-

<sup>6</sup> *Ob. cit.*, I, 2, 2; V, 129.

<sup>7</sup> Cf. *Epistulae* XLI; XCVIII.

misible la sumisión a lo esencialmente superior. Sea así. Esa sumisión objetiva, esa subordinación se da. Su pleno cumplimiento lo realiza en la muerte, en la vida y en la existencia humana, la dependencia del Ser personal y poderoso, infinitamente superior al hombre y a la creación entera, e indispensablemente necesario a ambos para vivir y existir. Como Criador, El preparó nuestra existencia; como Conservador la mantiene en el ser y la rodea de cuanto se requiere para su duración; como justo Sancionador se reserva el futuro que seguirá a la existencia terrena del hombre para entregar a la parte más noble y responsable de éste (limitándonos a lo filosóficamente cierto), a su espíritu cumplidor de la ley moral, una vida perpetua que sea un bien sin males. Desde ese misterioso seno del porvenir su influjo, como el de un lejano y poderoso imán, alcanza a cada uno de los eslabones de la cadena de la vida humana, y ello con eficacia tal que basta a convertir en realidad la ardua concepción de la esperanza: infusión de consuelo entre las lágrimas que causa el mal presente, por influjo del bien por venir, don generoso del supremo y soberano Bienhechor.

Una aclaración aún. Si el hombre, como reconocíamos, es impotente para cumplir la ley moral y del cumplimiento de ésta depende su felicidad futura, ¿hay esperanza humana posible? Sí la hay; y doblemente esperanza. Desde luego porque el inmenso bien futuro esperado sólo puede ser dádiva regia del gran Señor que por pura bondad lo quiere dar. Además, porque la condición que él mismo razonablemente ha impuesto de la observancia por nuestra parte de la ley moral es condición tan ardua para nuestro débil poder, que sólo con la valiosa ayuda que de él mismo nos llegue quedará realizada. Finalmente, nueva esperanza aún en su bondad que eche en olvido los defectos y miserias morales en que, aun confortados por su potente auxilio, incurriremos. Más aún: quien se me presenta tan excelente y bueno para mí, despertará indudablemente mi amor; amor interesado, porque atiende a lo que en El hay de conveniente para mi provecho; pero verdadero afecto de complacencia en quien es tal para mí. Y, juntamente, la triste experiencia de mi deficiencia e impotencia suma se traducirá en desconfianza de mí y abandono, entrega confiada, reconocimiento experimentado íntimamente de mi absoluta dependencia de El que no me arrojará de sus brazos y me hará tener lo que por mí solo no puedo alcanzar.

La dura objeción de Séneca y de Kant contra la posibilidad de la genuina esperanza humana, basada en la impotencia del hombre para observar la ley moral, queda desvanecida. Suma es su incapacidad para mantenerse en la rectitud moral a lo largo de sus años de vida. De ahí,

la aflicción, el temor, la amargura cuando se mira a sí. Es palpar y sufrir una y cien veces su miseria y su nada. Mas, una y cien veces también, hasta esa obscura sima descienden los destellos del Bienhechor infinito, y el fondo antes sombrío devuelve el reverbero de la esperanza. Esperanza en aquella Bondad suma que generosamente prestará, al ser invocada, el auxilio de su poder; que, al ser suplicada con contritas lágrimas, otorgará la misericordia de su perdón; y que al de veras confiado en ella y a ella de veras sumiso, como exige la genuina esperanza, comunicará en un día sin noche, la desbordante felicidad propia del sumo bien.

\* \* \*

La esperanza humana de estructura como la descrita es, sin duda, capaz de remediar la angustia filosófica actual al principio aludida.

¿Cómo ésta, sin embargo, no se remedia? La razón es sencilla. Porque la mente filosófica actual cierra obstinadamente el paso a esa esperanza. ¿De qué modo? Al declararse antiintelectualista, enemiga de la razón. Dos palabras sobre este punto, con lo que quedará indicado un primordial elemento constitutivo de la esperanza, no aludido aún.

El estado afectivo descrito, para insertarse en la persona, para brotar en lo íntimo del ser y difundir su benéfico influjo por todo él, ¿qué requerirá? ¿Cuál será el paso primero de su proceso formativo? La respuesta no exige muchas hipótesis.

La esperanza, tal como la evidente experiencia nos la ha dado a conocer, incluye esencialmente deseo. Ahora bien, el buen sentido del género humano ha afirmado siempre sin discusión: *nihil volitum quin praecognitum; ignoti nulla cupido*. Es absolutamente imposible desear lo que no se conoce. Con la agravante de que las condiciones cognoscitivas son en la esperanza más y de mayor relieve que en la simple apetición. Lo esperado ha de ser posible; y de que el sujeto que lo desea lo perciba o no como tal, dependerá que surja en él la esperanza o sus opuestos, el temor y la desesperación. Y de la posibilidad o imposibilidad de algo, ¿cómo nos damos cuenta sino por el conocimiento? En la típica esperanza humana, de quien esperamos nuestro bien es de Dios, en quien el ser humano descansa confiado cuando espera. Y el primer paso en comunicación con Dios ¿cómo se da sino por el conocimiento intelectual?

El sentido común de la humanidad, con la misma aseveración con que establece los aforismos antes expresados, asegura que por esos otros dos nuevos títulos la esperanza humana requiere el conocimiento inte-

lectual. Por muchos siglos los filósofos asintieron unánimes a esa afirmación. ¿Tenemos hoy razones para discrepar?

Por tratarse de hechos estrictamente psicológicos, la psicología científica experimental ha estudiado el caso con los más escrupulosos métodos de investigación; y precisamente en el delicado caso del sentimiento religioso, lo que hace particularmente a nuestro caso por la presencia de lo divino en la típica esperanza humana. Su conclusión fué ésta: "Tan imposible como es una apetición volitiva sin objeto conocido, lo es la genuina vivencia religiosa afectiva personal de todo el Yo (*Ichfunktion*), sin contenido cognoscitivo intelectual" <sup>8</sup>.

Gruehn, con nuevas experiencias que perfeccionaban las de su predecesor Girgensohn, confirmaba y corroboraba sus conclusiones intelectualistas, opuestas al pietismo irracionalista y sentimentalista, orientación religiosa seguida por este último hasta que sus investigaciones psicológicas le descubrieron su error.

Y con la ciencia experimental la filosofía. El pietismo sentimental es la traducción en el orden religioso, realizada por Schteiermacher, de la concepción irracionalística de Kant en la razón práctica. Ahora bien, como ya es demasiado claro, la crítica kantiana ni logra su intento de desacreditar el valor objetivo de nuestras actividades cognoscitivas, ni prueba que el orden afectivo sentimental práctico excluya el factor cognoscitivo previo, ni mucho menos aduce razón alguna de la que se concluya que lo afectivo o apetitivo irracional nos ponga por sí solo en comunicación con la realidad de los nómenos.

Así, pues, el sentido común, toda la filosofía antigua, la más refinada investigación psicológica experimental, exigen como requisito indispensable y primordial en la esperanza humana el factor cognoscitivo del bien que se espera y de la persona de la que se espera, en la que se confía.

Lo infundado e insostenible de la posición kantiana, en la que radica todo el irracionalismo moderno, es la última confirmación de la objetividad y solidez de aquel recto intelectualismo.

Por lo demás, no nos corresponde entrar ahora en el examen del pensamiento kantiano, tarea realizada ya por muchos y de la que también nosotros nos hemos ocupado en otra ocasión <sup>9</sup>.

Lo expuesto hasta aquí nos autoriza a condensar en unas líneas toda la múltiple complejidad psicológica de la esperanza. Antes, sin embargo,

<sup>8</sup> GRUEHN, W.: *Religionspsychologie*. Hirt. Breslau, 1926, c. IV, A, I, p. 52.

<sup>9</sup> Cfr. "Del optimismo idealista al pesimismo existencialista", en *PENSAMIENTO*, 8 (1952), 465-481.

vamos a examinar alguna grave afirmación singularmente relacionada con su aspecto cognoscitivo.

No nos referiremos a las del moderno irracionalismo. Tenemos a la vista las de uno de sus representantes o afines que casi pudiera parecer clásico por los autorizados títulos con que encabeza varios escritos sobre el tema. Pero consideramos innecesario añadir algo a lo expuesto acerca de él en otra ocasión<sup>10</sup>. Con afirmaciones sin pruebas contra el recto intelectualismo, con negar el conocimiento intelectual para sustituirlo luego por una fe o creencia que si no contiene conocimiento intelectual se esfuma en palabras, ya se ve qué se podrá obtener.

Vamos a considerar unas palabras de un autor antiguo. Es autorizadísimo por lo fundado y sublime de su doctrina; y digno aquí de especial atención, tanto por el especial matiz con que concibe la esperanza como porque su enseñanza sobre las relaciones de ella con el conocimiento no ha sido, que sepamos, examinada por otros. El insigne autor a que nos referimos es San Juan de la Cruz<sup>11</sup>.

Al exponer el Doctor Místico el modo cómo el alma se une con Dios, señala las tres virtudes teologales como correspondientes a cada una de las tres clásicas "potencias del alma": la fe al entendimiento, la caridad a la voluntad y, entre una y otra, la esperanza a la memoria.

Su principio fundamental de esta unión respecto al punto que nos ocupa lo enuncia así:

"Para que el alma se venga a unir con Dios en esperanza ha de renunciar toda posesión de la memoria" (S. 3, 11)<sup>12</sup>.

#### Renunciamiento que consiste en

"... ir negando y no admitiendo hasta lo último que [el alma] pudiere negar de sus aprensiones, así naturales como sobrenaturales. Por lo cual, así lo haremos ahora en la memoria, sacándola de sus límites y quicios naturales y subiéndola sobre sí, esto

<sup>10</sup> Cfr. "La filosofía católica y las exigencias del hombre moderno", en PENSAMIENTO, 8 (1952), 199-205.

<sup>11</sup> Los pasajes del santo referentes a la contemplación infusa en general que pudieran parecer irracionalistas, los ha estudiado con acierto el R. P. JOSÉ DE JESÚS NAZARENO, O. SS. T.: "Conocimiento y amor en la contemplación según San Juan de la Cruz", en *Revista de Espiritualidad*, 8 (1949), 72-95. Su acertada interpretación excluye convincentemente todo irracionalismo.

<sup>12</sup> Generalmente indicaremos en el texto, a continuación de los fragmentos tomados del santo, el pasaje de sus obras en que se encuentran. La S seguida de tres cifras indican la *Subida al Monte Carmelo* con el libro, capítulo y número de éste. Nos referimos por su exactitud y más fácil manejo para el lector, a la edición de la B. A. C. *Vida y obras de San Juan de la Cruz* por CRISÓGONO DE JESÚS Y LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, CC. DD. Madrid.

es, sobre toda noticia distinta y posesión aprensible *en suma esperanza de Dios incomprendible*" (S 3, 2, 1). (El subrayado es del original.)

Los textos son expresivos y nos evitan aducir otros análogos. La doctrina es clara: Una de las virtudes por la que el alma ha de unirse con Dios en esta vida es la esperanza. El ejercicio y posesión de esta virtud corresponde inmediatamente, según la concepción psicológica del santo, a la memoria. Medio indispensable para esa unión es que la memoria, potencia totalmente cognoscitiva que, junto con la fantasía, es "archivo y receptáculo del entendimiento, en que se reciben todas las formas e imágenes inteligibles" (S. 2, 16, 2), salga de sus límites y quicios naturales, prescindiendo de toda noticia distinta y posesión aprensible. Así obtendrá la esperanza. Esta, por tanto, parece que sólo podrá obtenerse excluyendo lo que suponíamos era su base y raíz o, al menos, presupuesto indispensable: el conocimiento de lo que se espera y, más aún, de aquel en quien se espera.

Esta conclusión ¿forma parte de la doctrina del santo?

Para más exactitud en nuestro análisis de ella precisemos su concepto de memoria. En general, como se lo acabamos de oír, es el "archivo de todas las formas e imágenes inteligibles". Mas por ser las potencias cognoscitivas humanas de dos clases, una sensitivo-orgánica, otra intelectual-espiritual, las memorias serán dos: una la sensitiva y otra la intelectual. A la primera la denomina, con toda exactitud y acierto, fantasía; a la segunda, simplemente memoria. Los vestigios conservados en la primera representan objetos con "imagen y forma corporal", pues por ser "sentido" sólo puede representar lo corporal y mediante formas o efigies corporales. En cambio, la memoria intelectual y espiritual se acuerda de ["alguna noticia espiritual que haya caído en ella"] por la forma que en el alma de sí dejó impresa, que también es forma o noticia, o imagen espiritual o formal, no corporal ni de figura sensible<sup>13</sup>.

Teniendo, pues, ante la vista esa doble potencia rememorativa y, además, las dos clases de noticias que cada una puede conservar y recordar, unas naturales y otras sobrenaturales, según el modo natural o superior a las fuerzas de la naturaleza por el que a la memoria lleguen, afirma el santo lo reproducido arriba:

"... es de necesidad para ir a Dios [por la esperanza] ir negando y no admitiendo hasta lo último que pudiere negar de sus aprensiones, así naturales como sobrenaturales" (S 3, 2, 1).

<sup>13</sup> Cfr. S 2, 16, 2-3; y S 3, 14, 1.

### Afirmación del todo conforme con la de las líneas anteriores:

“Conviene ir por este estilo desembarazando y vaciando, y haciendo negar a las potencias su jurisdicción natural y operaciones, para que se dé lugar a que sean infundidas e ilustradas de lo sobrenatural” (*Ibid.*).

Está, pues, clara la mente del gran místico. Y podemos añadir inmediatamente—el lector lo habrá advertido sin dificultad—: está no menos a la vista la solución de la dificultad y negación del presunto anti-intelectualismo.

En efecto. Al referirse reiteradamente al caso en que las potencias se han de haber negando “su jurisdicción natural y operaciones” naturales, en que se ha de proceder con la memoria “sacándola de sus límites y quicios naturales y haciéndola subir sobre sí”, y todo ello “para que se dé lugar a que sea infundida e ilustrada de lo sobrenatural”, se da a entender claramente que no se trata ahí de la esperanza asequible por vía natural, ni siquiera de la virtud sobrenatural de la esperanza (ya acto, ya hábito infuso) perfectamente compaginable en el hombre con el uso natural de sus facultades, sino que se habla de un estado particular y soberano de esperanza, al que se asciende sólo por vías más bien excepcionales, o, al menos, poco frecuentadas aún en el mismo orden sobrenatural.

Más aún. Como a estos grados superiores no se llega, fuera de excepciones portentosas y contadisimas (si hay alguna fuera del orden teántrico), sino después de pasar por las inferiores, es obvio admitir que San Juan de la Cruz presupondrá con toda la tradición católica, y con el sentido común de la humanidad, una previa esperanza fundada en el genuino conocimiento intelectual de lo que se espera y de aquel en quien se espera.

Y así es, en efecto. Transcribamos sus palabras categóricas en este mismo pasaje:

“Necesario le es al lector advertir en cada libro de éstos al propósito que vamos hablando. Porque, si no, podránle nacer muchas dudas acerca de lo que fuere leyendo, como ahora las podría tener en lo que hemos dicho del entendimiento, y ahora diremos de la memoria, y después diremos de la voluntad. Porque, viendo cómo aniquilamos las potencias acerca de sus operaciones, quizá le parecerá que antes *destruimos* el camino del ejercicio espiritual que le edificamos; lo cual *sería verdad si quisiésemos instruir aquí no más que a principiantes*, a los cuales conviene disponerse por esas aprensiones discursivas y aprensibles” (S 3, 2, 1).

El subrayado del original nos ahorra a nosotros el hacerlo. Extendamos, sí, el relieve tipográfico a las últimas palabras, que tan al caso hacen: “a los [*principiantes*] conviene disponerse por esas aprensiones

*discursivas y aprensivas*". Y principiante significa aquí todo el que no vaya bien levantado ya en la mística sobrenatural.

La esperanza, pues, por muy encumbrada y sobrenatural que sea, presupone según San Juan de la Cruz, como base fundamental y raíz indispensable, el conocimiento, conocimiento intelectual y, más aún, intelectual discursivo.

Con esto nuestra afirmación moderadamente intelectualista, porque además de lo intelectual reconocemos en la esperanza la realidad eminente de lo afectivo, recibe nueva confirmación en juicio contradictorio.

Más aún, repitamos por última vez: en la misma encumbrada cima de la contemplación mística ya muy aventajada, en la que el santo exige el aludido vacío de la memoria, no es en modo alguno para que ésta nada represente y las fuerzas afectivas entren en una ebullición irracional. Nada de eso. Es, sencillamente, digámoslo con sus mismas palabras porque

"para que la esperanza sea entera de Dios, nada ha de haber en la memoria que no sea Dios" (S 3, 11).

Para esto quiere que la memoria se vacíe de todo recuerdo actual de cosas creadas por excelentes que sean y aunque su noticia la haya recibido por superior vía sobrenatural, para que, desnuda del conocimiento actual de toda cosa creada, únicamente se abrace por el conocimiento intelectual y por la esperanza con el Ser increado.

Interesante sería examinar los caracteres que a ese elevado recordar de la memoria, fija sólo en Dios, le señala el santo. Esto, sin embargo, alargaría excesivamente este estudio, aparte de ser más propio que de la simple psicología o filosofía, de la psicología sobrenatural. Por eso preferimos presentarlo al público en otras páginas dedicadas expresamente a esos temas <sup>14</sup>. Lo expuesto aquí nos basta para sumar la valiosísima autoridad psicológica, teológica y mística de San Juan de la Cruz a las abrumadoras razones y autoridades arriba aducidas para probar que entre los componentes indispensables del estado psicológico de esperanza actual, se encuentra el conocimiento intelectual.

\* \* \*

Podemos ya sintetizar los resultados de nuestro análisis.

La esperanza tal como los hechos la revelan, presenta su doble com-

---

<sup>14</sup> Aparecerá el estudio en la revista de investigación e información ascética y mística *Manresa* (Madrid. Fax), con el título: "Tres preguntas sobre la purgación de la memoria según San Juan de la Cruz".

ponente cognoscitivo-afectivo con las siguientes características y estructura: Conocimiento de un bien no poseído, de adquisición ardua pero posible. Conocimiento asimismo de los medios, mejor aún, de la persona capaz de hacer efectiva la adquisición del bien. Estado afectivo de complacencia en el bien no poseído; de deseo del mismo; de complacencia igualmente, aunque interesada, en la persona de la que se prevé hará efectiva la adquisición del bien; de consuelo que atenúa la pena causada por no poseerlo aún y por la turbación que engendra lo difícil de su adquisición. Turbación, ésta, agravada por la impotencia propia, consuelo y gozo, aquéllos, nacidos de la comunicación cognoscitivo-afectiva con la persona en quien se espera y traducidos en vigor psíquico del que espera para entregarse, en lo que de él dependa, a la asecución del bien.

Factores que en un grado supremo de pureza e intensidad constituyen la síntesis del estado consciente de la persona que, al conocer y apetecer su felicidad y reconocer intelectualmente, junto con su absoluta impotencia para alcanzarla, la generosidad soberana del único posible dador de la misma, Dios, entra en comunicación cognoscitivo-afectiva con El mediante el abandono y la entrega total amorosa y sumisa de sí misma, con la que se siente aliviada, tranquilizada, confortada para dedicarse a la asecución de la felicidad, por la garantía que el infinitamente bueno y fiel le ofrece de la posesión futura, que desde ahora ella comienza, como de lejos, a pregonar.

JESUS MUÑOZ, S. J.

Comillas. Universidad Pontificia.